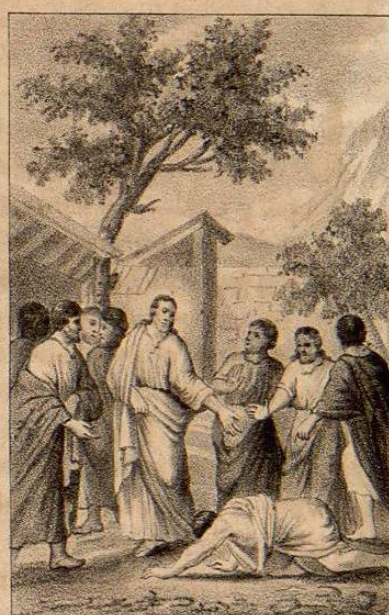


Domingo 10 despues de Pentecostés. Domingo 11 despues de Pentecostés.



Domingo 12 despues de Pentecostés. Domingo 13 despues de Pentecostés.

neficios. ¿Y en vez de glorificar á Dios, nos atribuiremos á nosotros mismos el honor de esos bienes que hemos recibido de su beneficencia paternal? ¿Seremos tan ingratos que no contentos con sus gracias y con los favores que pródigamente nos concede, queramos tambien arrebatarle su gloria? Para no ser ingratos, digamos como el salmista. “¿Qué retornaré al Señor para todas las cosas que me ha dado? Tomaré el caliz de la salud, é invocaré el nombre del Señor.” Y pidamos por últimó á Jesus se digne echar sobre nosotros una mirada sola de compasion, como la que dirigió á los leprosos, bien persuadidos de que la vista sola de Jesus es el principio de todo bien; pues San Pedro conoció su pecado al momento que le miró el Salvador, y Natanael confesó que Jesus era hijo de Dios, luego que lo vió el Redentor del mundo.



DOMINGO DECIMOCUARTO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Este domingo se llama comunmente en la iglesia latina el domingo de los dos amos, á quienes se quiere servir á un mismo tiempo, y tambien se llama el domingo de la Providencia, por razon del Evangelio que se lee en la misa de este dia, el cual se leia ya en tiempo de San Gregorio. La Epístola no contiene menor instruccion, y el introito es muy correspondiente á la epístola y al evangelio: es una breve oracion á Dios, nuestro Omnipotente protector, en atencion á los méritos de Jesucristo.

“Dios protector nuestro, poned los ojos sobre el que habeis ungido por rey de vuestro pueblo; y hacedlo venir á vuestra habitacion. Un solo dia de los que pasaré en este santo lugar, me será infinitamente mas dulce, que mil pasados en cualquiera otra parte.”

David, echado de Jerusalem por Absalon, expone en este Salmo el deseo ardiente que tiene de volver á ver el Tabernáculo, esto es, el lugar santo en que queria Dios ser adorado antes que Salomón hubiese edificado el famoso templo de Jerusalem. Este tabernáculo lo describe Filon de este modo: Era, dice, un edificio compuesto de cuarenta tablas de cedro, vestidas de oro macizo, bajo cada una de las cuales habia un vaso de plata, y en lo mas alto un chapitel de oro. Estaba rodeado de diez piezas de tapicerías de diversos colores preciosos, tenia cada una veintiocho codos de largo y cuatro de ancho. La longitud del Tabernáculo era de treinta codos de largo y cincuenta de ancho, cerrada con sesenta tablas de cedro, forradas ó cubiertas de plata. El Arca estaba colocada en medio del Tabernáculo, en el oratorio secreto; la plancha de encima que le servia de cubierta, se llamaba el *propiciatorio*, porque aplacaba la indignacion de Dios. Estaba rodeado de muchos velos tendidos y tirados de corchetes y hebillas de oro. Este Tabernáculo se llama en la Escritura el *Tabernáculo del Señor*. David suspira por este lugar santo, á donde iba á derramar su corazón delante de Dios; así nosotros en nuestro destierro debemos durante esta vida, suspirar por los tabernáculos eternos, es decir, por la estancia de los bienaventurados en el cielo, que es nuestra amada patria.

La epístola que se leía ya en la misa aun antes del siglo de Carlomagno, es una admirable regla de conducta, no solo para los gálatas, á quienes escribe San Pablo, sino tambien para todos los fieles. Los exhorta el santo apóstol á que vivan como hombres espirituales, segun las luces y la conducta del Espíritu Santo, y no segun los deseos de la carne, que nunca se cumplen sin darle la muerte al alma. ¿Quereis no cumplir los deseos de la carne? les dice el apóstol, caminad segun el espíritu, es decir, seguid las impresiones y los piadosos movimientos de la gracia. La concupiscencia es aquel apetito desordenado que ha quedado en el hombre despues del pecado y por el pecado. Todos nacemos con este enemigo doméstico. Podemos enflaquecerlo con la ayuda de la gracia, pero no destruirlo

de todo punto. Es necesario que estemos continuamente con las armas en la mano para pelear contra él; debemos estar alerta á todas horas contra sus artificios; es necesario velar dia y noche contra sus emboscadas y sorpresas; es un peso que arrastra, es una Sirena que encanta, es una raiz de pecado. El medio de detener esta corriente, de resistir á sus encantos, de estorbar que esta raiz envenenada no produzca algun arbusto, dice el apóstol, es caminar segun el espíritu de Jesucristo, es vivir segun las máximas del Evangelio, es mortificar todas las pasiones, las cuales se pueden llamar las hijas de la concupiscencia. Porque la carne tiene unos deseos que son contra el espíritu, y el espíritu desea lo que es contra la carne, y así se hacen la guerra el uno al otro, sin que entre estos dos enemigos haya jamás paz ni aun siquiera treguas. La carne y el espíritu significan aquí los dos principios de todas nuestras acciones morales. Del uno nace aquella inclinacion natural al mal, que la conciencia condena: del otro aquel pensamiento y aun deseo de hacer el bien, que la concupiscencia resiste. La gracia ilumina, solicita, insta para que se haga el bien; la concupiscencia grita y emplea los sentidos, las pasiones, e amor propio, todo lo pone por obra para apagar esta luz, y hacer ineficaz é inútil la voluntad de hacer el bien. Es verdad que nuestra libertad queda siempre entera, á pesar de las poderosas instancias de la gracia y de la rebelion de la concupiscencia: ¿pero hacemos siempre buen uso de esta libertad? En esta guerra continua del espíritu y la carne, ¿queda siempre la victoria de parte del espíritu? ¿No vamos infinitas veces de acuerdo con el enemigo de nuestra salvacion, ahogando nosotros mismos los piadosos movimientos de la gracia? La carne, dice el apóstol, desea lo que es contra el espíritu, y el espíritu desea lo que es contra la carne; bien sabemos que así se hacen la guerra el uno al otro. *Yo hago el mal que no quiero*, dice el apóstol, escribiendo á los romanos. Por el mal que hace el hombre sin querer y contra su voluntad, entiende San Agustin la rebelion de la concupiscencia y los malos deseos involuntarios; y por el bien que queria hacer, y no hace,

aquella prontitud y perfeccion en el cumplimiento de la ley de Dios, á que se opone el tumulto de las pasiones. ¿Quién me librá de este cuerpo de muerte? Es decir, de esta sujecion á los deseos y apetitos de la carne.

Os he dicho, concluye el apóstol, que la carne tiene sus deseos, los cuales son contra el espíritu, y que el espíritu tiene los suyos que son contrarios á los de la carne, unos y otros son fáciles de conocer con solo que se mire á sus obras: ¿qué cosa mas fácil de conocer que las obras de la carne? Fornicacion, impureza, inmundicia, lujuria, vicios abominables que matan al alma: manantial infeliz de tantos delitos, todos los mas enormes, todos los mas horrendos; causa detestable de la condenacion de tantas almas. Del mismo modo conoceremos tambien si estamos animados del Espíritu Santo, caminando segun este. Los frutos de este espíritu son tan opuestos á las obras de la carne, que no es posible no distinguir á los unos de los otros. El fruto del espíritu y de la gracia es la caridad, el gozo, la paz, la paciencia, la mansedumbre, la bondad, la longanimidad, la afabilidad, la moderacion, la continencia y la castidad. Cuando uno está animado del espíritu de Dios, tiene una caridad sin límites, se compadece de las flaquezas del prójimo, todo lo disculpa en los otros, al paso que nada se perdona á sí mismo, se interesa y siente como suyos propios todos los males ajenos.

El evangelio de la misa del dia, es del capítulo sexto del evangelio de San Mateo. En él vemos una continuacion de la admirable instruccion que dió el Salvador á sus amados discípulos, en la que despues de haberles enseñado como se debe hacer la limosna, y el modo de orar, les dá un modelo de la oracion que deben hacer. Despues de esto los exhorta á no mirarse sobre la tierra sino como peregrinos, y les hace ver que no deben suspirar sino por los bienes celestiales y eternos. Las riquezas son el ídolo á que cada uno y todos hacen sus votos; la pasion de amontonar tesoros sobre tesoros, es un tirano que avasalla y esclaviza á los hombres: ¿pero se puede servir á Dios al mismo tiempo que se sirve á las rique-

zas, al mundo, á la concupiscencia, á la avaricia? Desengañémonos: Dios no sufre que se ande en particiones con su Magestad; si el corazon es de otro, desde el mismo instante ya no es suyo. Nadie puede servir á dos amos; si sirve al uno, es menester abandonar al otro. Son demasiado opuestos entre sí, son de un carácter demasiado diferente para que tengan criados comunes. Amar al uno es aborrecer al otro, pues los servicios que piden son sumamente opuestos. Dios pide un corazon vacío de toda aficion á los bienes terrenos, y el mundo pide un corazon abandonado á los deseos de los bienes criados. ¿Podrá servirse á Dios y á las riquezas? Desde el instante en que el demonio de las riquezas se hace dueño de un corazon, el amor de Dios está desterrado de él.

¿Qué gastos no se hacen, qué cuidados no se ponen en vestir con magnificencia, y en adornarse con brillantez! Se agota el discurso, se vacian los cofres para brillar, para deslumbrar, para hacerse admirar, y sin embargo, una flor, un lirio que nace en el campo sin cultivo, excede en brillo, en hermosura, en proporcion, en gallardía, en matices á todo cuanto el arte puede hacer de mas vistoso y de mayor primor. El mas fino y mas esquisito corte no es capaz de igualar á la naturaleza: hasta la flor mas silvestre está mas pomposa y espléndidamente vestida, brilla con mas resplandor y lustre que el mayor monarca. Y si Dios, dice Jesucristo, viste de esta suerte á una yerba del campo, que hoy es y mañana se arroja al fuego; ¿cuánto mas lo haria con vosotros, gentes de poca fé? ¿Qué justa es esta reconvencion! Y qué irracional es nuestra poca confianza en la Providencia! Le vemos extender sus cuidados hasta sobre una flor, y tememos que nos olvide á nosotros habiéndonos formado á su imágen, habiéndonos escogido para estar en su servicio, y habiéndonos destinado á una eterna felicidad. De muchos de estos socorros y gracias prevenientes somos privados por falta de confianza. Nuestras inquietudes, nuestras solicitudes, nuestra desconfianza, nuestros temores son prueba mas clara de nuestra poca fé. No os inquieteis, nos dice el Salvador, ni digais: ¿qué comeremos, qué bebe-

remos, y con qué nos vestiremos? Estos cuidados ansiosos son curables en los paganos, que no saben lo que es Dios, ó que no lo saben sino confusamente; porque el error y el pecado les oscurecen la vista; no conocen, y por consiguiente no desean sino los bienes visibles y perecederos; ignoran los tesoros de su Providencia, que se derraman con tanta liberalidad sobre todo el universo. Pero vosotros, que sois los hijos de Dios, los legítimos herederos de su reino eterno, debiais avergonzaros de pensar tan seriamente en lo que mira al vestido y á la comida, como si este fuera vuestro principal negocio: bastos saber que vuestro padre celestial no puede ignorar la necesidad que de ello teneis, pues amandoos, como os ama, y sabiendo lo que os falta, es imposible que os vea necesitados, y no acuda prontamente á socorberos. El primero de vuestros cuidados sea buscar el reino de Dios y su justicia, y todo lo demas se os dará por añadidura. Pensad ante todas cosas merecer el reino de los cielos y en adquirir las virtudes que os lo aseguran, y Dios por su parte cuidará de daros todo lo demas. No creais por esto que Dios os dispensa de trabajar y poner todos los cuidados necesarios para proveer á las necesidades de vuestra familia, y de todos los que dependen de vosotros. Esta negligencia seria inexcusable; solo quiere decir el Salvador que los bienes temporales no deben ser nuestro negocio principal, y menos nuestro único negocio; debemos trabajar, debemos aplicarnos á cumplir con todas las obligaciones de nuestro estado; debemos poner un cuidado moderado en los negocios temporales; pero todo esto debe estar subordinado al grande é importante negocio de nuestra salvacion, que es propriamente nuestro único negocio.

La epístola es del capítulo V de la de San Pablo á los Gálatas.

Hermanos: Proceded segun el Espíritu de Dios, y no satisfacereis los apetitos de la carne. Porque la carne tiene deseos contrarios á los del espíritu, y el espíritu los tiene contrarios á los de la carne; como que son cosas opuestas entre sí:

por cuyo motivo no haceis vosotros todo aquello que quereis. Que si vosotros sois conducidos por el espíritu, no estais sujetos á la ley. Bien manifiestas son las obras de la carne: las cuales son, adulterio, fornicacion, deshonestidad, lujuria, culto de ídolos, echicerias, enemistades, pleitos, zelos, enojos, riñas, disensiones, heregias, envidias, homicidios, embriagueces, glotonerías y cosas semejantes; sobre las cuales os prevengo, como ya tengo dicho, que los que tales cosas hacen, no alcanzarán el reino de Dios. Al contrario, los frutos del espíritu son: caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fé, modestia, continencia, castidad. Para los que viven de esta suerte no hay ley que sea contra ellos. Y los que son de Cristo tienen crucificada su propia carne con los vicios y las pasiones.

El evangelio es del capítulo VI de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Ninguno puede servir á dos señores, porque ó tendrá aversion al uno y amor al otro, ó si se sujeta al primero, mirará con desden al segundo. No podeis servir á Dios y á las riquezas. En razon de esto os digo: no os acongojeis por el cuidado de hallar que comer para sustentar vuestra vida, ó de donde sacareis vestidos para cubrir vuestro cuerpo. ¿Qué, no vale mas la vida que el alimento, y el cuerpo que el vestido? Mirad las aves del cielo cómo no siembran, ni siegan, ni tienen graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Pues no valeis vosotros mucho mas sin comparacion que ellas? Y ¿quién de vosotros á fuerza de discursos puede añadir un codo á su estatura? Y acerca del vestido, ¿á qué propósito inquietaros? Contemplad los lirios del campo como crecen. Ellos no labran ni tampoco hilan; sin embargo, yo os digo que ni Salomon en medio de toda su gloria, se vistió como uno de estos lirios. Pues si una yerba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios así la viste, ¿cuánto mas á vosotros, hombres de poca fé? Así que, no vayais diciendo acongojados: ¿Dónde hallaremos

que comer y beber? ¿Dónde hallaremos con qué vestirnos? como hacen los paganos, los cuales andan tras todas estas cosas; que bien sabe vuestro Padre la necesidad que de ellas tenéis. En fin, buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demas cosas se os darán por añadidura.

MEDITACION.

Sobre la oposicion que dice el mundo á las máximas del evangelio.

Considera con cuánta razon nos indica el Salvador que la demasiada solicitud de los bienes terrenos, es propia solo de los gentiles, que no tienen fé ni esperan bienaventuranza; pues ademas del torpe apego á los bienes de este mundo, y de la ambicion de poseerlos en abundancia y en aumento continuo, envuelve la presuncion de la larga vida que se prometen, y el error de considerarse autores de su felicidad, contemplando á su diligencia como el medio poderoso de adquirir y conservar aquellos bienes. Fuera de que ¿cómo puede tener fé un avaro, siendo sus sentimientos contrarios al evangelio? Jesus declara que los pobres son bienaventurados, y el avaro los juzga miserables. Jesucristo declara que los ricos son miserables, y el avaro los cree bienaventurados. He aquí como la pasion de la avaricia combate á la fé, y la fé combate á la pasion de la avaricia. ¿Podrá, pues, alguno servir á dos señores tan contrarios? ¿Podrá creerse que tiene fé el que sirve á la avaricia? Luego justamente se le reputa por gentil.

Considera que el avaro no espera los bienes de la otra vida, pues se emplea todo en buscar los de esta, y siendo así que prefiere los de esta á los de aquella, manifiesta que los desprecia, y por consiguiente que no los cree, pues si los creyera los estimaria. ¿Cómo, pues, puede esperar lo que no cree? Si creyera que las verdaderas riquezas están en el cielo, ¿no se desviviría por adquirirlas? Y siendo estas nada menos que la posesion del mismo Dios, ¿no es cierto que renuncia de Dios por idolatrar en el dinero? Ahora: quién no tiene fé ni espe-

ranza, ¿podrá tener caridad? Ciertamente que no. Donde está tu tesoro, está tu corazon, dice Jesucristo: el tesoro del avaro es el dinero; luego en él está su corazon; y siendo así que es imposible servir á dos señores, el que ama las riquezas no ama á Dios. ¡Triste situacion la de un avaro, que carece de fé, de esperanza y de caridad! ¿Cómo podrá salvarse, si ha perdido el camino de la gloria, que son estas virtudes? Ellas son las únicas que nos llevan á Dios, y el perderlas es perder á Dios y condenarse.

PETICION Y PROPOSITOS.

Por mas que el mundo aumente cada dia el número de sus prosélitos; por mas que quiera eternizar sus leyes y derrocar las del evangelio, por mas que los avaros y todos los amadores de este mismo mundo, quieran persuadirnos á que el apego á sus riquezas y demas bienes, deja intacta su fé é ilesa su religion, la verdad divina, que no pasa, ni se muda, ni se deja ofuscar por el error, sostiene el dogma evangélico, y nos demuestra la imposibilidad de servir á un tiempo á Dios y las riquezas. El cielo y la tierra pasan; mas la palabra de Dios no pasará jamas. Así es que si queremos conservar ileso el depósito de nuestra fé y la prenda de nuestra esperanza, es necesario dar de mano al mundo, y obedecer ciegamente al evangelio. Tal debe ser nuestro propósito, reduciendo á práctica lo que especulativamente sabemos y no podemos dudar.

JACULATORIA.

Si de veras queremos ser ricos, amemos las verdaderas riquezas, que son las del espíritu.

LECCION.

Sobre la obligacion de servir y amar á Dios.

Despues de habernos Dios impuesto el precepto mas terminante é inequivoco, expresado con estas enérgicas palabras:

Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu entendimiento y con todas tus fuerzas. Con la mayor frecuencia nos inculca este primer mandamiento en las escrituras sagradas, y muy especialmente en el evangelio de este día, en que nos dice por San Mateo: "Ninguno puede servir á dos señores; porque ó aborrecerá al uno y amará al otro, ó al uno sufrirá y al otro despreciará. No podeis servir á Dios y á las riquezas."

Aunque parecía que con la expresion sola del precepto quedaba bastante manifestada la indispensable necesidad de esa estimacion fija y predominante, y de esa preferencia cordial que exige el Criador de sus criaturas, y el Redentor de sus redimidos, en el Evangelio de hoy quita absolutamente toda ilusion á los que neciamente se imaginan que en el primer precepto del cristiano, solo se prescribe la preferencia de afecto, sin reflexionar que Dios no aceptará jamas un amor á medias, ni un servicio en que tenga parte con otro amo ó señor; pues declara en términos perentorios que de lo que nosotros exige indefectiblemente, es un corazón solo, un único dominio. Jesucristo manda á los que deseen acumular tesoros en el cielo, que busquen sobre todo el modo de *agradar y servir á Dios*, dando por motivo que donde estuviere nuestro tesoro, allí ha de estar nuestro corazón. En este principio se funda la Escritura al hablar contra ciertos vicios en particular, empleando frecuentemente expresiones, con que se demuestre de un modo indudable que su criminalidad consiste esencialmente en separar nuestro corazón de aquel que es el objeto únicamente justo de nuestra preferencia; y pecados que á causa de nuestra criminalidad creeríamos muy distintos, los coloca en la misma clase, porque todos ellos presentan este gran carácter: *No podeis servir á Dios y á las riquezas.* Ni se crea que únicamente se impugna aquí la sórdida avaricia, y aquel vicio degradante y molesto, que hace esclavo del oro al necio que se dedica solo á atesorarlo, y funda su placer en carecer de todo, y aun de las comodidades de la vida, por guardarlo: aun el afán por la comida y el vestido se mira como un objeto que nos distrae de

este amor, que nos separa del servicio exclusivo á la Divinidad. *Por tanto, os digo*, continúa inmediatamente el Salvador, *no andeis afanados para vuestra alma, que comereis, ni para vuestro cuerpo que vestireis, ¿No es mas el alma que la comida, y el cuerpo mas que el vestido?* Manifestándonos claramente que no solo debemos postergar las pompas, vanidades y riquezas del mundo, y no hacer de ellas un señor á quien dediquemos nuestros homenajes y servicios, sino que nuestro amor no debe dedicarse ni aun al azaroso afán de conseguir aquellos objetos que se llaman de primera necesidad, como la comida y el vestido. Aun en cuanto á los objetos que pueden con mas razon fijar la atencion de un ser inmortal, como el arreglo y bien estar de la familia, el plan de vida en el orden social, y los proyectos y ocupaciones que nos atraen conforme á nuestro estado y situacion, no deben ocuparnos de manera que por aplicarnos á ellos abandonemos las sendas de nuestro primer deber. Mas en el afán por cumplir con nuestras obligaciones, es preciso advertir tambien muy particularmente que derramándonos demasiado á lo exterior, á pesar de los buenos principios, no los vayamos insensiblemente corrompiendo en el discurso de las operaciones, y que sumergiéndonos en el torbellino del mundo, vengamos á perder hasta el sentimiento de los deberes y de los gozes sublimes de la religion; por eso temia San Pablo, no fuese á suceder que predicando á los demas, él mismo se hiciese réprobo.

Sembradas como están de peligros y malezas las sendas por donde camina el cristiano, debe recelarse con razon, por una parte de la vida inactiva, inútil y llena de tibieza, y temer igualmente el demasiado ardor con que se anda buscando los objetos de este mundo, afanado por la comida ó el vestido. Debe en tal caso examinar el estado de su corazón, é investigar con la mas seria imparcialidad todas las circunstancias y situaciones de su vida, suplicando con humildad al Padre celestial, que alimenta á las aves y viste á los lirios del campo, que le haga capaz de discernir con claridad cómo deberá conducirse en circunstancias tan difíciles. Si advierte un anhelo tan vivo

como desasosegado, y un verdadero afan por los bienes de fortuna, tiene justo motivo para reprobarse á sí mismo y corregirse, reflexionando que *ninguno puede servir á dos señores*: que evidentemente el mundo y las riquezas son el dueño de su corazón, y Dios no tiene en él parte alguna. Con lo que hemos expuesto hasta aquí queriendo dar una idea de las precauciones que debemos tomar para ser cumplidos en el servicio del Señor, creemos haber dicho lo bastante acerca de la primera obligación del cristiano, que quiso reducir el divino Maestro, epilogando su admirable doctrina en este punto, á dos palabras: *Buscad, pues primeramente el reino de Dios y su justicia; y todas estas cosas os serán añadidas.*

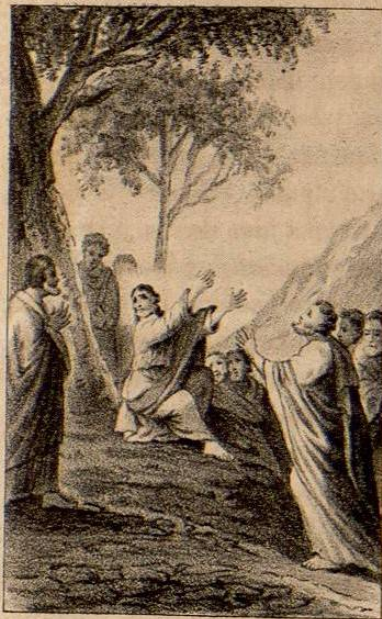


DOMINGO DECIMOQUINTO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Este domingo se llama en la Iglesia el domingo del hijo de la viuda de Naim, por cuanto á que el milagro de la resurrección de éste es el asunto del evangelio que se lee en la misa. La epístola de este día es una continuación de la del domingo antecedente, y el introito es una breve pero afectuosa oración que el alma hace á Dios animada de una viva confianza en su misericordia.

“Señor, escucha mi oración y óyeme, exclama David, porque soy pobre y necesitado. Conservadme, Dios mio, y salvad á un siervo que pone en vos solo toda su esperanza. Tened compasión, Señor, de un siervo que no cesa de implorar día y noche vuestra misericordia. Consolad, Señor, el alma de vuestro siervo, pues en su aflicción y en sus penas pone en solo vos toda su confianza é implora vuestra sola ayuda.” Una



Domingo 14 despues de Pentecostés. Domingo 16 despues de Pentecostés.



Domingo 18 despues de Pentecostés. Domingo 19 despues de Pentecostés.